

DOM GUÉRANGER, CATEQUISTA LITÚRGICO

MANUEL GARRIDO BONAÑO, O.S.B.
ABADÍA SANTA CRUZ
SAN LORENZO DEL ESCORIAL

Dom Guéranger no fue en realidad un catequista en el sentido estricto. El no se dedicó a dar catequesis, pero sus obras, sobre todo “El Año Litúrgico” ejerció una catequesis en toda la Iglesia, por las numerosas ediciones que se hicieron en Francia y la traducción en varias lenguas. Los lectores quedaban perfectamente catequizados con la mejor catequesis que se puede dar que es a través de la liturgia, ya que el Año Litúrgico coincide con el símbolo de la fe, pero hecho oración y vida.

I. SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Dom Próspero Guéranger nació en Sablé (Francia) cerca de Solesmes, diócesis de Le Mans, el 4 de abril de 1805. En 1818 fue alumno del Colegio Real de Angers. En 1822 ingresó en el seminario diocesano de Mans. En 1826 fue nombrado secretario particular del obispo de Mans, Monseñor de la Myre-Mory, hasta 1829. El 27 de octubre de 1827 fue ordenado sacerdote. En 1830 publicó sus “Consideraciones sobre la Liturgia católica”, que causó gran impacto en toda Francia. En 1833 restauró la vida benedictina en el priorato de San Pedro de Solesmes. En 1837 viaja a Roma por primera vez. Se aprueban las Constituciones de San Pedro de Solesmes por la Sede Apostólica y el priorato de Solesmes es erigido en abadía. En 1840 publicó el primer tomo de sus “Instituciones Litúrgicas”, obra de gran envergadura, destinada al clero. En la Francia de su época todas las diócesis tenían un rito neogalicano, pero Dom Guéranger, a través de sus publicaciones, hizo un apostolado tan fecundo que poco a poco todas las diócesis de Francia

adoptaron el rito romano. En 1841 apareció el primer tomo de su “Año Litúrgico”, obra de gran valor catequético, destinada principalmente a los fieles. Santa Teresa del Niño Jesús la leyó en su casa y fue tanto el entusiasmo que en ella despertó que sentía que se terminasen los días de fiestas, por el sentido tan profundo que esa obra de Dom Guéranger producía en ella. Esto fue general. En los años sucesivos siguieron los restantes tomos de las “Instituciones” y del “Año Litúrgico”. En 1851 fue nombrado Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos. Al mismo tiempo que hacía ese apostolado tan fecundo en el campo de la catequesis por medio de la Liturgia, incrementaba la vida monástica en Francia con nuevas fundaciones. Después de una larga vida gastada en servicio de la Iglesia murió piadosamente, con fama de santidad, en la abadía de San Pedro de Solesmes, el 30 de enero de 1875. El Beato Pío IX escribió de él poco después de su muerte: “Entre los hombres de Iglesia que más se han distinguido en nuestro tiempo por su religión, su celo, su ciencia y su habilidad para hacer progresar los intereses católicos, hay que incluir con toda razón a nuestro querido Próspero Guéranger, abad de San Pedro de Solesmes y superior general de los Benedictinos de Francia. Dotado de un vigoroso ingenio, y con una admirable erudición y un profundo conocimiento de las normas canónicas, se dedicó durante su larga vida a defender con valentía en escritos, del más alto valor, la doctrina de la Iglesia Católica y las prerrogativas del Romano Pontífice. Puede decirse que a esta vida, empleada toda entera al servicio de la causa católica, añade el fulgor de un nuevo esplendor a la Congregación benedictina de Francia”.

II. DIVERSOS ASPECTOS DE LA CATEQUESIS LITÚRGICA DE DOM GUÉRANGER

El principal anhelo de Dom Guéranger al escribir sus obras sobre la Liturgia de la Iglesia fue que a través de ella los fieles fueran más provechosamente adoctrinados en los principios de la fe. Pero él partía del valor de la oración para el hombre. La oración es el mayor de sus bienes. Es su luz, su alimento, su misma vida, ya que ella pone en comunicación con Dios, que es Luz (Jn 8,12), Alimento (Jn 6,35) y Vida (Jn 14,6). Ahora bien nosotros, por nuestra parte, “somos incapaces de orar como conviene” (Rm 8,26). Es necesario que nos dirijamos a Jesucristo para decirle como los Apóstoles: “Señor, enséñanos a orar” (Lc 12,1). Sólo Él es capaz de desatar la lengua de los mudos, y de hacer elocuentes los labios de los niños, obrando este prodigio por medio de su Espíritu de gracia y de oración, que

tiene sus delicias de “ayudar nuestra flaqueza, suplicando dentro de nosotros con gemidos inenarrables” (Rm 8,26).

La Santa Iglesia es en la tierra la morada del Espíritu Santo. Como un soplo impetuoso descendió sobre ella, apareciendo bajo el expresivo símbolo de flameantes lenguas. Desde entonces convive con esta feliz Esposa. Es el principio de todos sus movimientos. Le impone sus plegarias, sus deseos, sus cánticos de alabanza, su entusiasmo y sus anhelos. De ahí que no se haya callado, ni de día ni de noche, desde hace veinte siglos. Su voz es siempre melodiosa, su palabra se dirige siempre al corazón del Esposo.

1. *La oración de la Iglesia*

La oración de la Iglesia es, por tanto, decía Don Guéranger, la más agradable al oído y corazón de Dios y, por lo mismo, la más eficaz para la instrucción cristiana. En la celebración litúrgica, orando con la Iglesia, es como en los siglos pasados los fieles eran catequizados y ellos se llenaban de gozo espiritual al recibir tales doctrinas de un valor tan sublime. Hay que recordar que la catequesis que recibían los catecúmenos en los primeros siglos de la Iglesia era en la primera parte de la Misa y que los ritos que ellos recibían en el transcurso de la Cuaresma era en la celebración litúrgica de la Eucaristía. Esto supone un valor inmenso sobre una simple exposición teórica de los misterios de la fe. La eficacia de esto es inmensa, pues no se daba esa catequesis al comienzo de su peregrinar en la fe, sino durante toda la vida, celebrando los divinos misterios a través del año litúrgico en el que se celebran los acontecimientos más importantes de nuestra redención. Esto es lo que movió a Dom Guéranger a redactar los diversos tomos de su “Año Litúrgico”.

Así, iniciados en el ciclo santo de los misterios del Año Cristiano, los fieles, atentos al Espíritu, conocían los secretos de la vida eterna y de este modo acontecía que, sin más preparación, cualquier creyente era con frecuencia escogido por los Pontífices para ser sacerdote u obispo y derramar sobre el pueblo cristiano los tesoros de doctrina y de amor que había adquirido en aquella fuente de la liturgia.

Por tanto, si la oración hecha en unión con la Iglesia es luz para la inteligencia, para el corazón es así mismo una hoguera de amor divino. El alma cristiana no se retira a la soledad para conversar con Dios y ensalzar sus grandezas y misericordias, pues sabe muy bien que la unión con la Esposa de Cristo no la disipa. La Iglesia está unida siempre a Cristo. Él es su Cabeza. En toda acción litúrgica, juntamente con la Iglesia está presente su divino Fundador, como dijo más tarde Pío XII en su gran carta encíclica

Mediator Dei y repitió luego el Concilio Vaticano II con estas palabras: “Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la Cruz (cf. Trento, ses. 22, cap. 2), sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza (San Agustín, *Tratado sobre el Evangelio de San Juan* 6, 1, 7). Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: ‘Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos’ (Mt 18,20)” (SC 7).

Dom Guéranger se extiende ampliamente sobre el mal de la reforma protestante en este aspecto. Pero, con la contrarreforma todo se encausó. Mas exige la unión de los fieles con la celebración litúrgica de la Iglesia. Es cierto que él no conoció la lengua vulgar en la liturgia, que tiene sus inconvenientes por malas traducciones y la no celebración digna de los divinos misterios. Pero que tiene grandes ventajas, pues los fieles entienden perfectamente los textos litúrgicos bellísimos, de gran profundidad teológica, espiritual y litúrgica con los que alimentan su vida espiritual en grado muy elevado.

Más adelante Dom Guéranger afirma que la liturgia no puede contribuir a la salvación de los pueblos sino en la medida en que es comprendida. Por eso exclama: “Abrid, pues, vuestros corazones, hijos de la Iglesia católica y venid a orar con la oración de vuestra madre. Venid a completar con vuestro asentimiento esa armonía que encanta al oído divino. Vuelva el espíritu de oración a revivir en su fuente primitiva”. Luego recuerda estas palabras del apóstol San Pablo: “La paz de Cristo salte de gozo en vuestros corazones. La Palabra de Cristo habite en vosotros en plena sabiduría; y vosotros mismos instruíos y exhortaos mutuamente con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantado a Dios en vuestros corazones con su gracia” (Col 3, 16).

Él lamenta la época de los ‘devocionarios’, que encierran ciertamente pensamientos buenos y hasta piadosos, pero al fin pensamientos humanos. Fue un alimento desnutrido porque no inician en la oración de la Iglesia. He aquí sus palabras:

“A este tipo pertenecen tantas colecciones de fórmulas y consideraciones, publicadas desde hace dos siglos (él escribe en el siglo XIX) bajo distintos títulos, en las cuales se trata de edificar a los fieles y de sugerirles algunos afectos más o menos triviales, sacados siempre del campo de ideas y sentimientos que eran más familiares al autor del li-

bro, ya se trate de la asistencia a la santa Misa, ya de la recepción de los Sacramentos o de la celebración de las fiestas de la Iglesia. De ahí también el matiz tan diverso de todos esos escritos que, sin duda y a falta de otra cosa, ayudan a las personas piadosas, pero que son plenamente insuficientes cuando se trata de infundir el gusto y el espíritu de oración a los que aún no lo poseen”.

No obstante, piensa que tal vez se pueda decir que, al reducir todos los libros prácticos de la piedad cristiana a un simple comentario de la liturgia, nos exponemos a debilitar y quizás a destruir con formas demasiado positivas, el espíritu de oración y contemplación, que es un don precioso del Espíritu Santo en la Iglesia de Dios. Pero el mismo Dom Guéranger responde a esto diciendo que al proclamar la superioridad incontestable de la oración litúrgica sobre la oración individual, no pretendía decir que haya de suprimir todos los métodos privados, pero sigue siendo la liturgia la primera fuente indispensable del espíritu cristiano, como más tarde dijeron San Pío X, Pío XI y Pío XII que en su magna Carta encíclica *Mediator Dei* dijo: “Si la piedad interna de los individuos descuidase el augusto sacrificio del altar y se sustrajese al influjo salvador que emana de la Cabeza a los miembros, esto sería, sin duda reprochable y estéril... Sin duda la plegaria litúrgica, siendo como es la oración pública de la Esposa Santa de Jesucristo, tiene mayor dignidad que las oraciones privadas; pero esta superioridad no quiere decir que entre los dos géneros de oración haya ningún contraste u oposición”. Tratando de los ejercicios piadosos dice el n. 13 de la SC del Concilio Vaticano II: “Ahora bien, es preciso que estos mismo ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia por su naturaleza está muy por encima de ellos”. Este era precisamente el pensamiento de Dom Guéranger y lo dice con palabras muy precisas y preciosas:

“Porque, efectivamente, ¿de dónde sacaban la luz y el ardor que poseían y que tan vivamente han dejado impresos en sus obras, aquellos santos doctores de los primeros siglos, aquellos divinos patriarcas de la soledad, sino de las largas horas de salmodia, durante las cuales la verdad sencilla y multiforme pasaba continuamente de los ojos de su alma transfigurándola con inmensas oleadas de luz y de amor? ¿Quién dio al seráfico San Bernardo aquella maravillosa unción que como un río de miel corre por todos sus escritos; quién comunicó al autor de la Imitación de Cristo, aquella suavidad, aquel oculto maná que, después de tanto tiempo, no se torna insípido; al benedictino Ludovico Blosio aquella dulzura y delicadeza inenarrables que conmueve a todo el que quiera poner en él su corazón; quién sino el regusto habitual de la litur-

gia en cuyo ambiente se deslizaba su vida, en una feliz combinación de cantos y suspiros?”.

Para Dom Guéranger la liturgia es la fuente de toda perfección cristiana con su doctrina sublimísima que tanto bien hace a las almas. La liturgia sagrada es la primera y principal escuela de catequesis con una eficacia que no tienen ni pueden tener las demás formas de impartir el mensaje salvífico de la redención, sin quitar por eso ningún valor a todas las demás, que necesariamente han de suponer la liturgia, si quieren ser católicas.

2. La manifestación de Cristo

Jesucristo es no sólo el medio sino el objeto de la liturgia y por esta razón decía Dom Guéranger que el “Año Litúrgico” que él pretendía publicar no era más que la manifestación de Jesucristo y de sus misterios en la Iglesia y en el alma fiel. Es el ciclo sagrado donde las obras divinas brillan como en su propio centro: los días de la creación, la Pascua y Pentecostés del antiguo pueblo escogido; la inefable Encarnación del Verbo, su sacrificio en la cruz, su victoria; la venida del Espíritu Santo; la sagrada Eucaristía; Su Corazón sacratísimo; las glorias inenarrables de la Madre de Dios, siempre Virgen; el esplendor de los Ángeles; los méritos y triunfos de los Santos. Se puede decir, por tanto, que tiene su punto de partida en la Ley de los Patriarcas, su progreso en la Ley escrita, su consumación siempre en aumento bajo la Ley del Amor, hasta que ya del todo perfecto, se pierde en la eternidad.

Es lo que más tarde proclamó el Concilio Vaticano II: “En el círculo del año se desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor” (SC 102). Más aún, tanto Dom Guéranger, como luego Pío XII en la *Mediator Dei* y el documento citado del Concilio Vaticano II afirman, siguiendo toda la tradición de la Iglesia, que esos misterios celebrados en la liturgia están “perennemente presentes”, según expresión de Pío XII, y según el Vaticano II “en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo, para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación”, siguiendo a Pío XII y a la tradición patrística de la Iglesia, sobre todo San León Magno. Esto lleva consigo una inmensa ventaja que no puede lograrse con la simple exposición oral de la doctrina católica en cualquier otro modo de catequesis. Son bien expresivas estas palabras de Dom Guéranger:

“Lo que el Año Litúrgico obra en la Iglesia en general, lo realiza también en el alma de todo fiel atento a recoger en sí el don divino.

Esta sucesión de místicas estaciones proporciona al cristiano los medios de esa vida sobrenatural, sin la cual toda otra vida no es sino una muerte más o menos disfrazada; y hay almas de tal manera enamoradas de esta corriente divina que circula por el ciclo católico, que hasta llegan a sentir físicamente sus cambios, de suerte que la vida sobrenatural parece absorber a la natural y al calendario de los astrónomos.

“¡Ojalá, pues, los lectores católicos de esta obra se vean libres de esa tibieza de la fe, de ese letargo del amor, que casi han borrado las huellas del año litúrgico, que en otros tiempos fue y siempre debe ser alegría de los pueblos, luz de los sabios y libro de los humildes!”.

La parte científica de la liturgia la dejó para las “Instituciones” y, ciertamente, lo hizo tan ventajosamente que después de él no se ha hecho mejor. Él lo expuso todo o lo dejó insinuado. Con eso tenía también una finalidad catequética. Las “Instituciones” iban dirigidas al clero. Así, bien formado, podría dar una catequesis más eficaz y con ello ayudaría a los fieles a participar con mayor fruto espiritual y didáctico en las celebraciones del año litúrgico y en todos sus actos. Oigamos al mismo Dom Guéranger en el prólogo a su “Año Litúrgico”:

“¡Cuán endeble aparecen al lado de nuestras realidades imperecederas, esos hombres temerarios y superficiales que creen en el fracaso del cristianismo, que se atreven a considerarlo como una antigualla y ni siquiera sospechan hasta qué punto permanece vivo e inmortal entre los cristianos por medio del año litúrgico! Porque ¿qué cosa es la liturgia, sino una continua afirmación, una solemne adhesión a los hechos que ya se realizaron en otro tiempo, y cuya eficacia es indestructible, porque desde entonces se renueva su memoria todos los años? ¿Es que no poseemos nuestros escritos apostólicos, nuestras Actas de los Mártires, nuestros antiguos decretos de los concilios, nuestros escritos de los Santos Padres y nuestros monumentos, cuya serie llega a hacernos dignos de Dios? Admiramos también esa sublime economía, ese tacto con que va poniendo las verdades de la fe al alcance de nuestra inteligencia y desarrollando en nosotros la vida de la gracia. Todos los artículos de la doctrina cristiana quedan, no solamente enunciados en el curso del año litúrgico, sino también inculcados con la autoridad y la unción que la Iglesia ha sabido poner en su lenguaje y en sus ritos tan expresivos. De esta manera la fe de los fieles se esclarece año tras año, se forma en ellos el sentido teológico y la oración los lleva al conocimiento... Y ¿qué fuente de progreso no será para el alma cristiana el ver aparecer, cada vez más luminoso, el objeto de su fe y la esperanza de la salvación, como algo impuesto por la celebración de tantas maravillas como la bondad de Dios obra en favor del hombre, cuando el amor se inflame en él bajo el soplo del Espíritu Santo que ha hecho de la liturgia algo así como el centro de sus operaciones en las

almas? La formación de Cristo en nosotros, ¿no es sencillamente el resultado de la comunión con sus distintos misterios, gozosos, dolorosos y gloriosos? Ahora bien, estos misterios llegan a nosotros, se nos incorporan anualmente, por medio de la gracia especial que lleva consigo la celebración de la liturgia, formándose insensiblemente el hombre nuevo sobre las ruinas del viejo...”

Larga ha sido la cita, pero sumamente utilísima para mostrar cómo Dom Guéranger, sin proponerse hacer de catequista estricto, hizo una catequesis maravillosamente eficaz con la publicación de sus escritos sobre la sagrada liturgia, principalmente con su ‘Año Litúrgico’.

Pero resulta mucho más interesante en sus exposiciones sobre los diversos tiempos litúrgicos y sobre las diversas solemnidades y fiestas que la santa Iglesia ha establecido para ser celebradas en el Año Litúrgico.

Aunque la liturgia ha sido maravillosamente reformada después del concilio Vaticano II, sin embargo, los distintos tiempos litúrgicos permanecen invariables y se utilizan muchos textos de la liturgia anterior. Con lo cual todavía la lectura del “Año Litúrgico” de Dom Guéranger sigue teniendo valor y son muchos los que siguen utilizándolo y aprovechando la magnífica catequesis que él, tan perfecto conocedor del dogma católico, insertó en sus obras.

3. *Catequesis y liturgia*

Esto ha sido expuesto con gran maestría por el Padre abad de Quarr (Inglaterra) en su tesis doctoral “Dom Guéranger y la renovación litúrgica”. Por su insistencia en la necesidad de la catequesis, Dom Guéranger nos hace penetrar aún más en el sentido de la liturgia. Por su contenido y por su estructura, la liturgia es el mejor medio para enseñar a los fieles.

Dom Guéranger compara a la Encarnación el método de enseñar dado en la liturgia. El misterio que ella celebra se hace presente y viene a ser fuente de vida para el pueblo de Dios por medio de signos, de símbolos y de palabras, así lo afirma en el primer volumen de sus “Instituciones”, p. 9.

En la liturgia y gracias a ella, el pueblo de Dios penetra en el misterio de la salvación y, reconociendo de este modo la obra del Señor, responde del modo más perfecto, esto es, amando. Dom Guéranger insiste muchas veces que la liturgia es el modo más solemne y más popular de dar una lección sobre la doctrina cristiana. Estaba muy convencido del incomparable valor de la catequesis litúrgica en un grado tal que nadie lo puede imaginar. Son muchas las gracias sobrenaturales que llueven sobre el pueblo fiel que participa en las celebraciones litúrgicas como efecto directo de una

enseñanza sobre la explicación y la comprensión de los divinos misterios a través de los ritos de la sagrada liturgia.

Dom Guéranger hacía notar que ese era el método de los Santos Padres, como San Ambrosio, San Agustín y San Cirilo de Jerusalén. Por eso decía que los Santos Padres y los grandes doctores de la Iglesia fueron todos verdaderos liturgistas.

La liturgia ciertamente no es una guía o un comentario sobre los misterios de la revelación que Dios ha hecho de sí mismo, pero ella es la actualización de los misterios del plan de salvación, ya que la liturgia de la Iglesia confiesa su fe con palabras y acciones rituales. Los textos de la liturgia aclaran y precisan la enseñanza de los concilios sobre las cuestiones dogmáticas. La enseñanza de la Iglesia sobre los sacramentos está tomada de los textos litúrgicos. Así lo afirma Dom Guéranger con pruebas irrefutables en el volumen cuarto de sus "Instituciones", p. 393. Los apuntes que los monjes benedictinos de Solesmes tomaron de las conferencias de Dom Guéranger muestran que él les inculcaba con frecuencia que hicieran estudios teológicos de los textos litúrgicos. La catequesis fundada sobre la liturgia, solía decir, es completa. Las discusiones y las investigaciones de los teólogos están limitadas por la fe de la Iglesia y su práctica que se expresa sobre todo en la liturgia.

Es la liturgia la que enseña a los fieles la verdadera naturaleza de la devoción. Allí se encuentra una base firme de la verdadera devoción a la Madre de Dios en el curso de la celebración litúrgica de sus fiestas. Del mismo modo el misterio de la comunión de los santos y su importancia en la vida de los fieles se encuentran explicados e ilustrados a lo largo del año litúrgico.

Los escritos de los Santos Padres y doctores de la Iglesia que ella utiliza en su liturgia tienen por eso mismo una autoridad y un valor dogmático que normalmente no tienen por sí mismos. Por su uso en la liturgia esos escritos vienen a ser los testimonios autorizados de la tradición de la Iglesia. Así lo explicaba Dom Guéranger en el volumen cuarto de sus "Instituciones", p. 395. Sobre todo cuando esos textos son utilizados por la liturgia romana. No así las leyendas que a veces se han incorporado en la celebración del Oficio divino.

La misma noción de liturgia que él daba: "El conjunto de símbolos, de cantos y de actos por medio de los cuales la Iglesia expresa y manifiesta su religión hacia Dios", se explica con un valor eminentemente catequético. No es la única noción que da de la liturgia. En otras partes trata de la liturgia como el "ejercicio del sacerdocio de Cristo a través de signos sensibles por los cuales Dios santifica a la Iglesia y la Iglesia da culto a Dios", que tanto

conecta con la noción de liturgia que dio Pío XII en su carta encíclica *Mediator Dei* y la misma *Sacrosanctum Concilium* del Vaticano II.

Por 'religión' entiende Dom Guéranger el culto ofrecido al Padre por Cristo en su cualidad de Cabeza de la Iglesia, esto es, el ejercicio del sacerdocio de Cristo, como antes se ha dicho. Son admirables las mismas palabras de Dom Guéranger:

“Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo Unigénito (Jn 3,16), para instruirlo en la realización de su obra litúrgica. Después de haber sido anunciado y prefigurado durante cuarenta siglos, una oración divina ha sido ofrecida, un sacrificio divino ha sido realizado, y desde entonces hasta la eternidad, el Cordero inmolado desde el comienzo del mundo se ofrece sobre el altar sublime del cielo y da de un modo infinito a la inefable Trinidad todos los deberes de la religión, en nombre de los miembros de los cuales El es la Cabeza, los cuales confiesan, suplican y glorifican con El y por la virtud del Espíritu Santo”.
(*Instit.* I,16).

Dom Guéranger ha sido uno de los primeros que han tratado de la inculturación de la liturgia. Por eso, dice él que sin la liturgia es imposible conocer la idiosincrasia de Europa, pues se ha plasmado en los ritos litúrgicos, en los cantos, en las artes, en la poesía... Es sumamente interesante lo que sobre esto escribe en sus famosas “Instituciones”, sobre todo en el volumen segundo.

Sobre el misterio de la Santísima Trinidad da una doctrina preciosísima basada en la liturgia de la Iglesia. Lo mismo hay que decir sobre el Espíritu Santo, que algunos escritores españoles dicen que es “el gran desconocido”. Para Dom Guéranger no lo es precisamente por su amor a la liturgia. Allí lo encuentra por doquier. El lo ve todo a la luz del Espíritu Santo en el cumplimiento de la obra de Cristo en la dirección que imprimió a la Iglesia para conducirla en la plenitud de la Verdad.

El Espíritu Santo habita en la Iglesia y es su principio vital. Es el que inspira su oración, sus deseos y su alabanza y a causa de esta presencia permanente, su oración es ininterrumpida como su propia existencia. Es el Espíritu Santo quien actúa en la acción eficaz de la liturgia en orden a la santificación y al culto por medio de Cristo, el Mediador.

Dom Guéranger por sus escritos sobre la liturgia ha ejercido una catequesis formidable, mucho más que otros famosos catequistas.